

LA TAREA DEL FILÓSOFO EN EL ÁMBITO BIOÉTICO

Aquilino Cayuela Cayuela

*Universidad cardenal Herrera-CEU, de Valencia
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, C/ Luis Vives, 1, Alfara del Patriarca,
(Valencia), Tel. 961369000, Fax 961369007, e-mail: aquilino@uch.ceu.es*

Resumen

¿Cuál es nuestro cometido específico si son los propios científicos (naturales o sociales) quienes aportan los datos empíricos, previenen las consecuencias de los mismos y extraen sobre tal conocimiento las teorías morales? ¿Somos solo los que servimos complacientemente el «dulce postre» que justifica y tranquiliza las conciencias?

Al contrario de lo que pueda parecer la labor del filósofo en la bioética es crucial y relevante sobre todo en tres aspectos: Es tarea del filósofo especificar cuales son los problemas de la bioética, encontrar en donde se encuentra el origen de los desacuerdos y detectar los problemas del lenguaje y sus contenidos. En segundo lugar, discriminar qué argumentos son adecuados y veraces y cuales no lo son a la hora de debatir los problemas de la bioética. Por último, aportar las soluciones teóricas, de carácter ético y metafísico, a los problemas bioéticos.

Palabras clave: Bioética, filosofía moral, lenguaje, argumentos.

Abstract

What is our specific task if natural or social scientists provide empirical data, anticipate their consequences, and derive with all this knowledge moral theories? We are only who kindly serve the «sweet dessert» that justify and calm consciences?

Despite appearances, the task of philosopher in bioethics is crucial and relevant specially in three trends: First, philosopher must specify which are the problems in bioethics, finding origins of disagreements and detecting problems of language and its

contents. Second, philosopher must mark out suitable and truthful reasoning in order to debate bioethical problems. Last, philosopher must provide theoretical solutions, in the fields of ethics and metaphysics, to bioethical problems.

Key Words: Bioethics, moral philosophy, language, arguments.

1. Introducción

Con frecuencia en los debates sobre cuestiones bioéticas médicos, biólogos, economistas, juristas, periodistas, etc. tienden a culminar su discurso específico del área en la que son competentes con una conclusión teórica de marcado cariz filosófico. Este hecho, que por otra parte es absolutamente legítimo, es fruto de que tales expertos tienen una razón que, más allá de su conocimiento particular, les lleva a extraer soluciones teóricas de orden metafísico o moral. La cuestión está entonces en: ¿qué nos queda pues hacer a los filósofos? ¿Cuál es nuestro cometido específico si son los propios científicos (naturales o sociales) quienes aportan los datos empíricos, prevén las consecuencias de los mismos y extraen sobre tal conocimiento las teorías morales? ¿Somos sólo los que servimos complacientemente el «dulce postre» que justifica y tranquiliza las conciencias?

En una situación como la contemporánea donde el conocimiento sólo se le reconoce primero a los logros tecnológicos y luego a las ciencias de la naturaleza y, un poco, a las sociales; donde la filosofía parece haber quedado relegada a la mera opinión cuya única utilidad es poblar algunos debates televisivos interminables e incommensurables. Parece que los

filósofos no tenemos tarea específica y útil, incluso se cuestiona si tenemos un contenido que dar dentro de un tema tan de constante actualidad como resulta la bioética. He aquí el propósito del presente artículo: especificar nuestra tarea como filósofos.

Por contra de lo que pueda parecer la labor del filósofo en la bioética es crucial y relevante sobre todo en tres aspectos:

- Es tarea del filósofo especificar cuales son los problemas de la bioética.
- Es tarea del filósofo discriminar qué argumentos son adecuados y veraces y cuáles no lo son a la hora de debatir los problemas de la bioética.
- Y es tarea del filósofo aportar las soluciones teóricas, de carácter ético y metafísico, a los problemas bioéticos.

2. Especificar los problemas

La Bioética surge como consecuencia de una situación donde las aspiraciones de los pensadores modernos de lograr una unidad de razón y de ciencia, o la pretensión de una racionalidad universal, se ha destrozado. Sólo podemos pretender conocer los fragmentos, los retales sueltos que tenemos a la mano. La filosofía no ha podido ofrecer una justificación general, creíble, secular y racional de una

moralidad canónica y universal, dotada de significado¹.

Esta situación moral viene acompañada por un grado de fabuloso avance en ciencia y tecnología: He aquí el problema de la Bioética, afrontar unos logros científicos y tecnológicos sin precedentes con una ética desgastada y fragmentada. Esta situación propicia enormes desacuerdos, que además son interminables e incommensurables, entre versiones morales rivales, por ejemplo con las cuestiones como el aborto, el uso de embriones humanos y la eutanasia. ¿En dónde radica la naturaleza de tales desacuerdos?

Lo primero que podemos destacar es un problema de lenguaje característico de este ambiente cultural que configura lo que muchos denominan *posmodernidad*. Una de sus características es la influencia que tiene sobre ella parte del pensamiento de Wittgenstein, concretamente el «Segundo Wittgenstein».

El genio del positivismo lógico defendía en su primera obra, *Tractatus*², que el lenguaje válido se ceñía a aquello que el propio lenguaje está plasmando como si fuese un cuadro y lo que resta, aquello «de lo que no se puede hablar, mejor callarse». En su obra posterior³ defiende la existencia de lo que denomina *juegos de lenguaje*, es decir, defiende que las cosas

no tienen un único sentido sino que su significado depende del juego de lenguaje en el que se sitúe y este juego lo da el uso que uno hace de la cosa, por ejemplo: La tiza es un instrumento de escritura en el juego de lenguaje que le doy ese uso. La tiza puede ser un material de escultura o de manualidades si le doy el uso de tallar en ella una pequeña figura o junto con otras formar minúsculas piezas decorativas, etc. La tiza puede ser un tope para que no se me cierre la puerta, o un instrumento que arrojo a alguien para llamar su atención, etc. En definitiva, cada término tiene distintos significados según el juego de lenguaje o marco de utilidad en el que se inscriba su uso. Esta teoría del lenguaje⁴ hace que hoy día no exista unidad de significado alguna y que cuando hablamos de un mismo tema lo que comprenden unos sea absolutamente diverso a lo que comprenden los otros. Desde estos diferentes planos o juegos de lenguaje no se puede dar el más mínimo entendimiento.

Un ejemplo claro de esta cuestión en los debates bioéticos es cuando hablamos de *embrión humano*, son muy diversas las concepciones que hay del mismo: Para unos, es nuestro caso, estamos hablando de una persona humana con el correspondiente *status* ontológico y moral y, como consecuencia, jurídico. Para otros se está hablando de un homúnculo en

1 «Admitir que no se puede descubrir una moral secular canónica dotada de contenido es una señal del dilema en que se encuentra la filosofía posmoderna», ver Engelhardt, T., *Los fundamentos de la Bioética*, Paidós, Barcelona, 1995, pp. 15-30.

2 Wittgenstein, L., *Tractatus Logico Philosophicus*, Alianza, Madrid, 1993.

3 Wittgenstein, L., *Investigaciones Filosóficas*, Crítica, Barcelona, 1988.

4 No se puede culpar a Wittgenstein de esta situación pues su teoría de los «juegos de lenguaje» es mucho más rica que esto y tiene otras connotaciones mucho más variadas y ricas que lo expuesto, pero sí ha predominado esta interpretación en amplios sectores de la posmodernidad.

proceso de alcanzar tal condición y, según interpretaciones, le dan unos plazos más o menos largos para darle ese reconocimiento personal. Pero otros no es más que un conjunto de células, algo así como un tumor a extirpar, sobre las que no es oportuno hacerse mayores cuestionamientos morales. Otros le reconocen valor persona en tanto en cuanto la subjetividad de los padres o de la comunidad se lo otorgue. Así, desde esta base los debates sobre el aborto o la manipulación de embriones se hacen insolubles.

En un segundo nivel⁵ se da, además, el problema añadido de que por un lado hoy se plantean dilemas donde se exige una respuesta rápida y eficaz de «sí» o «no» sin mediar posibilidad de reflexión. No existe una búsqueda de acuerdo para partir de las mismas premisas y de una significación, cuanto menos, aproximada de lo que se debate. Además, en los *mass media*, si a uno le falta en ese momento una buena razón que invocar contra la posición opuesta parece que es porque no haya esa «buena razón» y que mi postura obedece a decisiones dogmáticas o irracionales.

Otro problema añadido a este es que se aducen normalmente criterios impersonales, por ejemplo: Ante una conducta promiscua se suele decir «cada uno haga con su cuerpo lo que quiera». Si frente este argumento le dijésemos al que lo

propone: ¿Y tu hija? ¿Tu hija adolescente también puede hacer con su cuerpo lo que quiera? ¿Te parece adecuado que lleve una vida promiscua? Probablemente nos respondería: Mi hija es otra cosa.⁶

El tercer problema, asociado a los anteriores, es que los conceptos morales tienen, a menudo, distintas acepciones y pueden ser equívocas según su origen histórico, es decir, dependiendo de escuelas filosóficas que se han dado en la historia. Por ejemplo: No es lo mismo la *libertad* para los antiguos griegos, que en el cristianismo, o en los kantianos, o los marxista, etc. Así también están las diferencias existentes en el amplio espectro de las culturas. Este aspecto dificulta más la situación expuesta en el primer problema enunciado. A esta dificultad se suma el obstáculo interpretativo de un frecuente tratamiento ahistórico de los filósofos y tradiciones anteriores. Como indica Macintyre: «consideramos a los filósofos morales del pasado como si hubieran contribuido a un debate único cuyo asunto fuera relativamente invariable; tratamos a Platón, Hume o Mill como si fuesen contemporáneos nuestros y entre ellos».⁷ Se suprimen los contextos y las narraciones en las que se han situado esos pensadores y se parte, a nuestro juicio, de una presunción soberbia de que hoy nos hallamos en la plenitud de los tiempos. Hay un acriticismo no solo hacia el pasado histó-

5 A partir de aquí seguimos de cerca los planteamientos de MacIntyre, A., *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona, 1987, en el capítulo: *La naturaleza del desacuerdo moral actual y las pretensiones del emotivismo*, pp. 19-39.

6 Personalizar las cuestiones también tiene sus problemas, como caer en cierto emotivismo pero en conjunto creo que el ejemplo manifiesta claramente lo que queremos indicar.

7 MacIntyre, A., *op. cit.* p. 25.

rico sino hacia el momento presente que elimina los contextos narrativos.

Se presume también desde esta óptica que toda discusión moral está no solo inacabada sino que resulta inacabable. Nada hay inmutable, verdadero y apodíctico todo es mudable y revisable; todo discurso valorativo es interminable en cualquier época o cultura. Esta situación argumentativa concluye en el éxito de un tipo de criterio moral que en la cultura actual es el que impera y que con MacIntyre⁸ denominamos *emotivismo*, a saber, «la doctrina según la cual los juicios de valor, y más específicamente los juicios morales, no son *nada más que* expresiones de preferencias, de actitudes o de sentimientos». Con lo cual no son ni verdaderos ni falsos solo que provocan un cierto efecto emocional, satisfactorio o insatisfactorio. El juicio fáctico sí es verdadero o falso (por ejemplo: la Universidad Complutense está en Madrid), pero el juicio moral no lo es (por ejemplo: decir «mentir es malo» depende de cada uno y sus circunstancias, en cada caso).

Más allá de los problemas de conocimiento y de lenguaje existe otro problema mucho mayor en el ámbito moral y es la concepción del ser humano: El periodo moderno instauró un *antropocentrismo ético*, es decir, la persona humana (ser racional) es el centro del conocimiento y la realidad. A partir de este momento el ser humano es un «ser pensante que tiene un cuerpo». Este *yo pensante* pasa a ser *yo*

autosuficiente en cuanto que es el centro de su pequeño entorno, de su microcosmos, y con su razón es capaz de fundamentar su entorno real, y es capaz de dominarlo y mejorarlo.⁹

La consecuencia moral de este optimismo racionalista es que los seres humanos, especificados por su racionalidad, comparten una misma y absoluta dignidad que radica en el ideal de que esta esencia, esta racionalidad de las personas, es universal y puede propiciar, con su dominio del orden natural, un mundo mejor y un proceso indefinido de progreso y bienestar. El mundo y el hombre pasan a ser valores absolutos y autosuficientes, son los nuevos bienes e ideales de la modernidad. A partir de 1970, y tras un largo proceso que se inicia en el romanticismo alemán y en la reacción irracionalista de finales del XIX, la posmodernidad se presenta como la quiebra y destrucción de este presupuesto en tres órdenes:

– En el orden del conocimiento: Si hasta ahora el presupuesto básico que comparte toda la filosofía anterior se basa más o menos en la creencia: *existe una verdad ahí fuera que podemos conocer*, premisa que han compartido a lo largo de la historia tanto realistas como idealistas, ahora se piensa de la siguiente manera: *en el caso de que exista una verdad ahí fuera hemos de renunciar a conocerla*. Esto significa que no existe una naturaleza intrínseca ni

8 MacIntyre, A., *op. cit.*, pp. 19-39. Para la mayor parte de esta argumentación, con cierta revisión, nos hemos servido de las páginas indicadas.

9 Locke es el que incide es este *yo puntual*. Pensemos que la sombra de Locke es alargada y fundamenta a pensadores utilitaristas contemporáneos como P. Singer o J. L. Mackie.

un orden de realidad cognoscible como proponían las metafísicas anteriores y, en caso de existir, no interesa para nada conocerla. Hemos de dejarlo estar porque, por un lado, no sacaríamos nada en claro y, por otra parte, la vida es tan leve y fugaz que el uso de la razón humana conviene aplicarlo a cuestiones más prosaicas, inmediatas y prácticas¹⁰.

– En el orden del lenguaje: ya lo hemos descrito antes pero, concretando, el lenguaje pasa de ser un *contenido o significado* a ser una *herramienta o significante*, no es ya un medio de representación o expresión, que presupone esa adecuación entre el conocimiento y el objeto que conocemos, sino que es una mera herramienta que depende del uso instrumental que hagamos de él¹¹.

– En el orden antropológico: Fragmenta también el ideal de *hombre*. El proyecto moderno de una significación intrínseca del mundo y de la persona humana en orden a la potencia de la razón pierde consistencia. En el presente ya no se venera a Dios como fundamento, ni a una verdad que la ciencia ha desentrañado, ni a la racionalidad común de la humanidad que tiende indefinidamente hacia mejores estados de vida, ya no se *venera nada* y todo es producto del tiempo y del azar. El «yo» es *contingente* es una partícula, un átomo, situado por el azar y el tiempo. Kundera en *La insoportable levedad del*

ser describe la «contingencia del yo» del siguiente modo: «Sería estúpido convencer al lector de que sus personajes están realmente vivos. No nacieron del cuerpo de sus madres, sino de una o dos frases sugerentes o de una situación básica. Tomás nació de la frase «ein mal ist kein mal»¹². «Teresa nació de una barriga que hacía ruido»¹³.

La contingencia del yo es equivalente a la *insignificancia del yo*. Si no cuento más que con una insignificante vida, un corto espacio de tiempo no me queda más alternativa, para darme un cierto contenido, que concederme todos los caprichos posibles, cuanto menos aquellos que considere más relevantes como puedan ser: el tener un hijo biológico cuando mi cuerpo carece de esa posibilidad; cambiar de sexo si mis instintos y emociones me inclinan en un sentido opuesto a mi morfología; tener asegurado el ser asistido si deseo morir, ante la amenaza de una enfermedad dolorosa o degradante, etc. Para la consecución de este tipo de objetivos, (tales son los problemas bioéticos actuales), necesito que la ciencia, la comunidad política y la legislación me faciliten los medios con el menor coste personal posible.

3. Discriminar los argumentos

La segunda tarea del filósofo en el campo de la bioética consiste en discernir la validez formal de los argumentos que

10 Es básicamente el argumento de Richard Rorty en *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona, 1991. Renunciemos a que haya una cierta adecuación, sea real o ideal, entre el mundo y la razón, ver pp. 27-28.

11 Rorty, *op. cit.*, pp. 29-42.

12 Significa textualmente «una vez es ninguna vez», algo así como «uno es ninguno» o «uno es nada».

13 Kundera, M., *La insoportable levedad del ser*, Tusquets, Barcelona, 1984.

se emplean en los razonamientos éticos¹⁴. Para ello basta recurrir a la lógica clásica. Aunque también se puede emplear la lógica simbólica, resulta preferible la primera por ser menos abstracta y poseer una mayor sencillez y cercanía con el discurso natural del lenguaje moral.

La primera distinción que hemos de hacer a la hora de dilucidar un razonamiento moral es diferenciar la *validez del razonamiento* (si es correcto formalmente o está bien construido) de la *verdad del razonamiento* (que dependerá de la verdad de sus premisas). En cuanto a las premisas hemos de distinguir entre la *premisa mayor* (en los razonamientos morales son juicios derivados de los primeros principios de la *ley natural*; por ejemplo: «mentir es malo») y la *premisa menor* (son juicios aplicados a lo concreto y particular que implican facultades humanas como los sentidos, la percepción, la memoria, la imaginación, etc.; por ejemplo: «decir que los burros vuelan es mentir»). El error en el juicio moral vendrá, pues, como consecuencia de la falsedad de una o de sus dos premisas.

En el lenguaje filosófico actual y, concretamente, en las argumentaciones bioéticas aparecen con frecuencia una serie de figuras, ya detectadas en la lógica clásica, que se corresponden con argumentos fallaces, (falsas argumentaciones que tienen

aparición de validez) y vamos a indicar las dos más comunes¹⁵:

Petición de principios: Es un truco; consiste en establecer una premisa en la que está ya implícita la conclusión. Un ejemplo en lenguaje matemático sería el siguiente si yo escojo cualquier número al azar y pido a cualquiera que le sume cuatro, luego le reste tres y le sume dos y luego pido que al producto de esa operación se le reste el número escogido, el resultado será siempre tres¹⁶. En el lenguaje moral ordinario es frecuentísimo hacer una argumentación donde te están colando ocultamente la conclusión. Un ejemplo claro es uno de los argumentos más extendidos en las cuestiones bioéticas que afectan al embrión humano:

«(P1) El periodo de desarrollo que va desde el cigoto hasta el día catorce / quince de gestación es un periodo preparatorio para el embrión humano donde no aparece aun un individuo humano definitivo *uni-totipotente*, por lo que lo denominamos *pre-embrión*,

(P2) luego en este periodo sería lícito el aborto o cualquier tipo de manipulación sobre esas «células» sin mayores implicaciones morales».

Aceptar la premisa mayor como hacen numerosas legislaciones, organismos internacionales y amplios sectores de la

14 En este apartado debo mucho a los planteamientos que el Profesor Doctor D. Francisco Cristóbal Fernández me aportó en el curso titulado *Fundamentos racionales de la Doctrina Moral de la Iglesia*, impartido en el Pontificio Instituto Juan Pablo II –sección española– en el mes de Enero de 1996.

15 Aristóteles en el último de los Tratados Lógicos en las *Refutaciones Sofísticas* se ocupa de los pseudo silogismos o razonamientos viciosos donde describe nueve de ellos muy típicos y frecuentes; aquí nos vamos a limitar a los más habituales en nuestra época en materia ética.

16 En lenguaje matemático el truco se ve claramente así: $X + 4 - 3 + 2 = X + 3 - X = 3$.

opinión pública comporta aceptar implícitamente una premisa oculta:

«el llamado *preembrión* no es un ser humano y no es digno, por tanto, de protección moral y legal».

Ante esto ¿como se puede responder? Pues mostrando lo infundado de la premisa mayor y lo que implica. En el ejemplo sería: Ningún biólogo acepta la distinción entre *preembrión* y *embrión* en ninguna especie animal, ¿por qué aceptarlo en la especie humana precisamente? El proceso *embrionario* es un «continuo» donde no se aprecia ningún salto cualitativo que indique la personación de ese ser humano. Tampoco la aparición de gemelos impide el carácter individual del *embrión*, por que la individualidad no es incompatible con la divisibilidad.¹⁷ De hecho la misma *embrióloga* que acuñó el término *preembrión*, A. McLaren, reconoce que no lo hizo sobre supuestos científicos sino, «bajo cierta presión externa y ajena a la comunidad científica»¹⁸.

– *Ignorancia del elenco*: Consiste en sentar una premisa falsa de tal modo que argumentar en contra de ésta supone afirmar un error. El truco está en afirmar una cosa que no es cierta pero que le

cierra el camino al adversario. Un ejemplo muy frecuente en nuestro campo, es el siguiente: «Quienes defienden que el *embrión* es una persona humana parten de un prejuicio religioso, un residuo medieval o una superstición ancestral, que impide que se manipulen *embriones* para curar enfermedades».

Es más o menos cómo se está argumentando en España en los últimos meses. Tal argumento se inspira en el planteamiento liberal de Ronald Dworkin, (algo más sofisticado), que dice: «Cuando la única justificación para prohibir el ejercicio de una libertad es un valor independiente de carácter religioso no es legítimo»¹⁹. Para los teóricos liberales el que una «visión comprensiva del bien» se quiera imponer socialmente atenta contra su dogma central, a saber, rompe la *neutralidad* que garantiza un estado liberal de derecho²⁰.

La *ignorancia del elenco* consiste en el desconocimiento fingido o real de los argumentos, en este caso, a favor del *status de persona* del *embrión humano* y la derivación a conclusiones que desacreditarían cualquier razón contraria.

¿Qué hacer ante este tipo de argumentación falaz? Lo primero negar la conclusión e inmediatamente después exponer con serenidad lo ignorado

17 Respecto a la explicación del ejemplo ver: Blazquez, N., Pastor, L.M., *Bioética Fundamental*, Editorial Católica, Madrid, 1996, (pp. 21 y ss.); Ballesteros, J., *El estatuto del embrión humano* (pp. 219-228) y López Barahona, *El estatuto biológico del embrión humano* (pp. 210-212) en Tomás Garrido, G., *Manual de Bioética*, Ariel, Barcelona, 2001.

18 Citado en López Barahona, *El estatuto biológico del embrión*, en Tomás, G., op. cit., pp. 210-211.

19 Dworkin, R., *Jugar a ser Dios: genes, clones y suerte*, en *Virtud Soberana. La teoría y la práctica de la igualdad*, Paidós, Barcelona, 2003, (ver pp. 471-481).

20 En Rawls una *visión comprensiva del bien* es una concepción determinada del bien o de la vida buena y la sociedad liberal se define como aquella que desde la *neutralidad* crea un marco donde puedan convivir y desarrollarse una amplia pluralidad de concepciones de vida buena.

en la argumentación. En nuestro ejemplo: Quienes defendemos que el embrión es una persona humana no impedimos la experimentación con células troncales para que en un futuro se puedan curar enfermedades, pero no es ético manipular y destruir embriones para este tipo de experimentación. Primero, por respeto a la vida humana. Segundo, porque las células troncales embrionarias no son, a día de hoy, en absoluto válidas para curar enfermedades. Además, la defensa de la vida humana desde su comienzo hasta su fin no responde únicamente a una firme creencia religiosa, sino a la percepción de que una vida humana biológica ya animada desde su inicio se identifica con un ser humano sustantivo, e incluso, en caso de duda la razón me indica que he de inclinarme a favor de esa vida humana iniciada. Además, hay una concepción filosófica que va desde San Agustín hasta las grandes filosofías y legislaciones del periodo moderno que defienden explícitamente la protección moral y legal de la vida humana, baste recordar que la sanción penal al aborto se produce en periodos y legislaciones ilustradas ¿es entonces esto fruto de la superstición?

Nadie duda de la raíz cristiana del pensamiento moderno, se ve claro en la defensa moral y jurídica del débil que caracteriza a la civilización occidental en sus ideas directrices aunque, en ocasiones, los hechos no se hayan adecuados a esta ideal. Para la sensibilidad moderna es en esta defensa del débil donde radica la fuente que legitima la excelencia de nuestra cultura sobre otras, es más, el gran mo-

tor de nuestra civilización, del progreso moral científico ha residido en una fuerte valoración de la dignidad humana y el sentido moderno, el *sensum* propiamente ilustrado²¹ radica en una defensa radical de la vida y la dignidad del hombre como límite moral²². Pero entonces ¿es esta fuente moral reprochable o irracional? De ser así no solo el cristianismo sino también Kant, Rousseau o Hegel, cuando articulan secularmente este aspecto deben ser tachados de supersticiosos e irracionales. De ser así recuperemos pues, siguiendo a Nietzsche, la fuerza sobre la debilidad y hagamos sobre esta premisa una nueva declaración de los derechos humanos, dado que «proteger al más débil» es un

21 Hay un hilo conductor en gran parte de la filosofía moral moderna, «un tipo de bienes que no solo son incomparablemente más importantes que los otros sino que proporcionan el punto de vista desde el cual se ha de juzgar, sopesar y decidir sobre el resto de los bienes». Taylor se refiere a las nociones de *justicia*, *benevolencia* y detrás de ellas a una cierta noción del *valor absoluto de la dignidad humana*. Ver en Taylor, Ch., *Las Fuentes del Yo*, Paidós, Barcelona, 1996, pp. 78-92.

22 Me remito por ejemplo a las declaraciones recientes del presidente de la República Alemana y miembro del Partido Socialista Alemán (SPD) Johannes Rau: «La protección legal de la vida humana comienza con la fecundación del óvulo. Quien no comparta esta apreciación... tendrá que responder a la pregunta: ¿A partir de qué otro momento? ¿Y por qué precisamente a partir de ese otro momento?... ¿No existiría el riesgo de que otros intereses terminaran prevaleciendo sobre la protección de la vida?... Eugenesia, eutanasia y selección despiertan en Alemania espantosos recuerdos... instrumentalizar la vida humana, distinguir entre lo que tiene valor vital y lo que no lo tiene es abocarse al desastre». Cfr. En Romero, F.J., *La selección genética de embriones*, en Cayuela, A.; Vara, J.; Romero, F.J.; Villar, V., *Ética, Bioética y Desarrollo: El hombre como ser dependiente*, Comares, Granada, 2004.

oscuro prejuicio teológico que impide la libertad de acción de aquellos que son más fuertes.

A nuestro parecer son estas dos figuras las más frecuentes entre los razonamientos viciosos que encontramos en los debates bioéticos, otras formas también frecuentes son el *paso ilegítimo de lo particular a lo general*, por ejemplo decir: los heterosexuales se unen por amor y se forman matrimonios y familias; luego los homosexuales cuando se aman también deberían poder formar matrimonios y familias, de no ser así supondría una discriminación. Otro sofisma frecuente es el argumento *ad hominem*, es decir, descalificar un argumento no por razones del mismo sino por razón de la persona que lo expone. Hoy día como, además, existe una amplia aceptación en la opinión pública española de una visión peyorativa de lo católico, como algo caduco, oscurantista y ridículo, cuando en un debate bioético se presenta un interlocutor que representa posiciones católicas, como pueda ser un sacerdote, con extraordinaria frecuencia se le trata *a priori* como si respondiera personalmente a ese falso estereotipo de *anacrónico inquisidor* y desde ahí todo lo que pueda decir, por bien argumentado que esté, cae en el ridículo. Basten estos razonamientos para trazar a grandes rasgos otra de las labores más importantes que tenemos los filósofos en la investigación bioética.

4. Aportar las soluciones

Los problemas bioéticos requieren respuestas y estas soluciones sólo pueden

venir dadas por la filosofía moral, pero en el momento presente, como se indicaba al inicio del artículo, parece que la filosofía tiene poco que aportar: Primero está el punto de vista científico, al que se le concede el conocimiento canónicamente, luego viene el jurista para aportar su punto de vista, necesario a nivel pragmático, pero ¿el filósofo qué tiene que decir? Si acaso, se le concede «poner la guinda» y adornar el asunto con alguna objeción o matización de última hora para «decorar el pastel» y, como mucho, acallar las conciencias; es lo que Leon R. Kass llama *bioética complaciente* pues aunque da algún matiz acaba por justificar la práctica que se debate en ese momento:

«Como muchas de esas comisiones (bioéticas) o bien han estado bajo el patrocinio de los Institutos Nacionales de la Salud, o del Ministerio de Sanidad y Servicios Sociales, o bien están dominadas por voces poderosas a favor del progreso científico, *los éticos que formaron parte de ellas* han tenido que contentarse, —la mayoría de las veces, después de haber intentado clarificar valores y de más de un disgusto—, con dar sus bendiciones a lo inevitable... Uno se pregunta si pueden liberarse suficientemente del *patrón acomodaticio* de dar el *nihil obstat* a toda innovación técnica, bajo la errónea creencia de que todos los bienes deben doblegarse ante los ídolos de la salud médica y el avance científico»²³.

23 Leon R. Kass, *Tomarse en serio la clonación, entonces y ahora*, (en www.unav.es/cdb/otkassclonacion.html). Leon Kass es bioquímico y médico y preside el Consejo de Bioética del Presidente de los Estados Unidos de América.

En este mismo sentido Robert Spaemann se niega a hacer una *ética complaciente*. Hemos de tomar muy en serio nuestro trabajo, como filósofos morales, sin complejo alguno y defendiendo, con todo el saber posible y los mejores argumentos y explicaciones, la verdad y el bien. Hemos de ser «voces sabias y valientes» como lo han sido Hans Jonas o Paul Ramsey o lo son Robert Spaemann o Martin Rhonheimer y el mismo Magisterio de la Iglesia encabezado por Juan Pablo II, dando soluciones veraces y claras, bien argumentadas y filosóficamente consistentes, lo suficiente como para movilizar a las gentes y no llegar a tener que lamentar, como hoy lamentamos, las injustas y atroces legislaciones permisivas con el aborto²⁴.

Es muy posible que en poco tiempo se desvele este combate intelectual²⁵ de los pensadores católicos como una de las mayores luchas de la razón humana contra las tendencias más ciegas e irracionales del dominio tecnológico, es por ello que no hemos de perder la decisión en hacer nuestras tareas.

La defensa de la vida en sus inicios, la manipulación de embriones, la clonación, la eugenesia, la eutanasia son cuestiones a tomar muy en serio. Se están poniendo en juego las vidas de miles o millones de seres humanos y el futuro de la humanidad y la única respuesta posible a estas intenciones de dominio por parte de una ciencia ciega y una tecnología irreflexiva la pueden aportar solamente la filosofía y, por qué no decirlo, la teología moral.

Recibido: 25-10-2004

Aceptado: 11-01-2005

24 Se puede argumentar sin ningún complejo que las legislaciones que permiten el aborto lo que están permitiendo en la práctica, desde hace mucho tiempo, es un genocidio masivo de seres humanos inocentes. Un estudio reciente del Instituto de Economía y Geografía del CSIC donde hace un seguimiento del aumento de abortos en España desde 1990 hasta 2002 demuestra un aumento espectacular: Se han pasado de los 37.231 abortos del año 1990 a 69.857 en el año 2001, con una tendencia en el 2002 a subir un 88%.

25 Ver Spaemann, R., *Responsabilidad por los no nacidos*, en *Límites. Acerca de la dimensión ética del actuar*, EIUNSA, Barcelona, 2003, pp. 353-365.

